

en el poemario que nos ocupa, le dan, si no un perfil de vanguardia, sí uno de distanciamiento de aquellas formas y expresiones que ya son recurrentes y que desgastan sensibilidades. De la palabra sólida (fosilizada, que rueda de boca en boca) se ha pasado a la palabra líquida (trasparente, de ritmos cambiantes, entre la calma y la marea). Por ello, quizá, también surjan imaginaciones que se apartan de la realidad inmediata y nos erigen otras, tal vez virtuales, que parecen estructurarse más por la fuerza del deseo que por el crudo e inevitable enfrentamiento con la realidad. Hay así, en *Filo de ausencias*, un amaneramiento que se sostiene sobre pensamientos que elogian los opuestos.



La vida

(Llevaré hasta el final / estas taras, / estos frutos / que se pudren / tal vez a fuego lento, / pero con la dicha / de haber vivido.)

La muerte

(Caen sobre ti / los primeros granizos / de mi muerte.)

La distancia

(Cada día / crece la distancia // que hay / entre mi cuerpo / y tu imagen.)

Las aproximaciones

(vienes cada tarde con el mundo adherido a la piel...)

La soledad

(Al balcón / llega sólo la brisa)

El amor

(la boa / ama demasiado / entre sus brazos.)

Contrarios entre los que Jaime Fernández Molano tiende puentes, hilos invisibles que resaltan las dos orillas para hacernos olvidar el río.

GUILLERMO LINERO
MONTES

Los poemas no pueden mentir contra el tiempo

La cicatriz del nacimiento

Gloria Posada

Editorial El Propio Bolsillo, Medellín, 2000, 63 págs.

Gloria Posada nació en Medellín en 1967 y combina el trabajo de artista plástica con la escritura de poesía. Su primer libro, *Vosotras* (Medellín, Autores Antioqueños, vol. 81, 1993, 88 págs.), partía de epígrafes canónicos —Safo y Robert Graves: doncella, mujer y bruja— para iniciarse en el rito poético con una larga secuencia de breves retratos de mujeres.

Desde las heroínas del teatro griego hasta las divas del santoral contemporáneo: Frida Kahlo, Alejandra Pizarnik. Era un libro adolescente donde primaba más la intención que el logro y donde, sin embargo, la voluntad de construir un espacio a la vez colectivo y propio mostraba coherencia y despojo. Intentaba compenetrarse con ellas, aun cuando muchas veces incurriese en los previsibles tópicos: Santa Teresa como cáliz de carne o Salomé como peticionaria de la última joya: la cabeza del profeta.

Hablaba de sí misma, obvio, pero lo hacía tomando en cuenta las sucesivas máscaras. Eran, por supuesto, desafíos demasiado grandes y ya connotados por tradiciones milenarias y, al restituir sangre, odio y beligerancia a los en muchos casos ya congelados retratos, no alcanzaba a infundirles esa suerte de revaluación feminista a una tradición silenciada,

de pecadora a santa. Pero era conmovedor su anhelo de añadir algo nuevo a Medea o a Ofelia. Obtenía, sin embargo, por brevísimos instantes, atisbos luminosos de humor y gracia como cuando, en su risueño homenaje a la musa florentina, decía:



Beatriz

Ella

Podrá conducirte

Hasta el Infierno

Mostrarte

El Purgatorio

Y llevarte al cielo

¡A ti poeta

Aunque

No seas

Dante!

[pág. 52]

En todo caso las tensiones de la búsqueda —“Soy Ovillo / Furor / Ofrenda”— ya mostraban el sentido sacrificial que su poesía iba a explorar en su segundo libro: *Oficio divino* (Bogotá, Colcultura, 1992, 69 págs.), premiado por un jurado que integraban Giovanni Quessep, Jaime García Maffla y Juan Manuel Roca.

Se trata de un libro menos orgánico, abierto en varias direcciones, y que carece de un estricto control. Apuntes, pinceladas, la experiencia mancha la pureza de esta aparente vestal dirigiéndose al altar de la ceremonia poética. La ofrenda era su

cuerpo pero, como ella misma lo dice, "El templo ha sido profanado / Jamás podré levitar / Sobre mi lecho" (pág. 19).



La inmolada constata cómo ya no la ven, y se mira a sí misma, en la distancia del fracaso: "A esa edad / en la que aún no hay límites / por el amor conocemos la derrota" (pág. 59).

El juego recurrente con la sed y el agua no alcanza a dibujar esa acezante cacería en pos del fantasma de la palabra. Algo se pierde y se evade, antes de concretar el texto. La derrota no es la del amor: es, tan sólo, la de la palabra que no alcanza a circundar esa nada.

Varios de los temas de los dos anteriores libros vuelven a modularse ahora, en su tercer volumen, ocho años después. Están la entrega visceral y la desconfianza instalándose en el centro del encuentro. Está el ímpetu ascensional y la caída, horadando con un cuchillo sus entrañas. Está la imposibilidad de transmutar en alquimia perdurable el delicado velo de la ensoñación. Y sabe, por cierto, que

*Solo es leal a su enemigo
—único e irrepetible—
con quien enlazada
se destruirá*
[pág. 52]

Pero ese otro que la habita, amado rival, resulta un tanto abstracto ante el punzante realismo con que deja atrás sus talares vestiduras de poeta

y se enfrenta, concreta, precisa, desgarrada, a quien lejano, sólo le ofrece una porción mínima de sus días, vividos con otra:

*Ella comparte los días
y las noches
de la mitad de su vida
Lo tiene a él
En sus cartas
Yo tengo sus palabras*
[pág. 57]

El remoto cielo de una poesía sacralizada, de un ritual inmodificable, ha caído, con dolor, a tierra. Por ello en este nuevo libro su texto nos ha enriquecido en forma sensible. Al revelarse no se ha tornado autobiográfica. Simplemente ha encontrado las metáforas que nos enlazan a su canto. Está mucho más cerca de lo que Harold Bloom en *La cábala y la crítica* (1978) ha dicho:

*Los poemas no pueden restituir
y, sin embargo, pueden hacer los
gestos de la restitución. No pueden
revertir el tiempo y, sin embargo,
pueden mentir contra el
tiempo.* [pág. 77]

JUAN GUSTAVO COBO
BORDA

Libro pionero

El texto dramático caldense y su puesta en escena

*Gilberto Leyton y Luis Wilfredo
Garcés O.*

Universidad de Caldas, Manizales,
1999, 207 págs.

Esta investigación regional se realizó bajo los auspicios del Instituto Colombiano de Cultura —hoy Ministerio de Cultura—, el Fondo Mixto para la Promoción de la Cultura y las Artes de Caldas, gracias al programa de becas de investigación en artes escénicas. La asesoría metodológica estuvo a cargo del profesor

Gonzalo Escobar Téllez; la edición de los resultados es de la Universidad de Caldas.

Los dos autores han recibido formación en artes escénicas y tienen experiencia en la práctica teatral, como se deriva de sus respectivas noticias biográficas. Gilberto Leyton (Pácora [Caldas], 1955) ha dirigido varias obras y se ha desempeñado como director escénico de la ópera de Bellas Artes, del Festival Departamental de Teatro; ha sido presidente del Consejo Caldense de Teatro, jurado en varios festivales y profesor en la facultad de bellas artes, departamento de artes escénicas. Luis Wilfredo Garcés (Manizales, 1965) ha escrito obras de teatro que han sido llevadas a la escena por grupos regionales, y ha sido jurado de eventos y profesor de talleres teatrales.



El proyecto de Leyton y Garcés era documentar la existencia, la historia, la importancia zonal y nacional y las tendencias de la literatura teatral de Caldas. Como lo expresa el profesor Gonzalo Escobar, asesor de la investigación, el valor de este estudio radica en el inventario serio de autores, textos y montajes en el departamento. Para lograr lo anterior los autores recurrieron "a indicios, a las pistas, a los cabos sueltos, a los detalles sin aparente importancia" (pág. 9) para poder hablar del texto dramático caldense. Así mismo, consultaron bibliotecas nacionales y de la región, libros, publicaciones periódicas, y realizaron trabajo de campo.